



HEMEROTECA MUNICIPAL
MADRID

LA GUERRA



EUROPEA

TOMO V

Redacción y Administración: Aribau, 177 entl.^o

BARCELONA

Ayuntamiento de Madrid



INDICE DEL TOMO QUINTO

Págs.	Págs.
CRÓNICA INTERNACIONAL.—I. La Cámara francesa. —II. La Cámara italiana.—III. El cuarto em- préstito de guerra alemán.—IV. La retirada de von Tirpitz. 1	Conversaciones de la guerra 71 Una falta de los aliados. 74
Los combates en la alta Alsacia a mediados y a fines de enero (1915). 4	CRÓNICA MILITAR.—I. Los límites de edad para el servicio activo.—II. El jefe supremo en nuestros días.—III. Los dos significados de la voz «ejér- cito».—IV. En vísperas de las grandes opera- ciones.—V. Las operaciones en el Cáucaso.—VI. La situación el 24 de abril. 75
El triple aislamiento intentado por la «Entente». Conversaciones de la guerra 6	CRÓNICA INTERNACIONAL.—I. La situación inte- rior en Inglaterra.—II. La opinión en Francia. —III. La actitud del Presidente Wilson.—IV. El adelanto de la hora legal en Francia.—V. La cuestión de los submarinos. 81
El café de Floca. 11	Los combates de Ipern (Ipres). 85
CRÓNICA MILITAR.—I. La importancia y propor- cionalidad de los servicios auxiliares.—II. El ejército dentro de la nación.—III. La primera batalla de Verdun.—IV. El ataque a Verdun.— V. La situación el 30 de marzo 12	Conversaciones de la guerra 88
CRÓNICA INTERNACIONAL.—I. Las discusiones in- glesas sobre la paz.—II. La gran conferencia de los aliados.—III. El cuarto empréstito alemán de guerra.—IV. La situación financiera de Rusia. Consecuencia pavorosa de la falta de caridad. 17	Dos páginas gloriosas escritas por las tropas de Africa. 90
Conversaciones de la guerra 20	El manifiesto de los ucranios. 91
Relación oficial francesa de la primera batalla de Verdun 22	Una comedia que pudo terminar en tragedia. 92
La secta de los «senussi» 26	CRÓNICA MILITAR.—I. Las operaciones en Mesopo- tania.—II. Necesidad de someter las enseñan- zas de la guerra al prisma filosófico.—III. El concurso femenino en el ejército.—IV. La capi- tulación de Kut-el-Amara.—V. La situación el 30 de abril. 92
CRÓNICA MILITAR.—I. La campaña de los ingleses contra los «senussi». II. El reclutamiento en Inglaterra.—III. La próxima ofensiva general de los aliados.—IV. La última ofensiva de los rusos.—V. Verdun y la situación general.—VI. La situación el 6 de abril. 27	CRÓNICA INTERNACIONAL.—I. Rusia y sus aliados. —II. La insurrección de Irlanda.—III. ¿Se pue- de vivir en paz?—IV. Las relaciones germano- americanas. 97
CRÓNICA INTERNACIONAL.—I. Cuestiones econó- micas «inter aliados».—II. La situación financia- ra de Francia.—III. Discrepancias en la opinión alemana.—IV. La actitud de Holanda.—V. Ita- lia y Grecia.—VI. Alemania mirando a la paz. 33	Los errores de Sir Eduardo. 100
Conversaciones de la guerra 38	El discurso del canciller alemán en el Reichstag. Conversaciones de la guerra 102
La guerra de desquite de Francia. 42	Nuevos tipos de aeroplanos. 106
Los últimos tipos de zeppelines alemanes. 43	Las nacionalidades europeas 109
CRÓNICA MILITAR.—I. El futuro de los zeppelines. —II. Importancia actual de Verdun.—III. La lentitud de las operaciones en Verdun y su po- sible significación.—IV. La situación el 12 de abril 45	CRÓNICA MILITAR.—I. La gloria militar.—II. Pro- blemas que ha desenterrado la guerra.—III. Los nuevos esfuerzos de Inglaterra.—IV. Los com- bates de Verdun.—V. La situación el 7 de mayo. 109
CRÓNICA INTERNACIONAL.—I. Terrible amenaza que nos amaga.—II. Un presupuesto colosal.— III. El discurso del canciller juzgado por los alemanes.—IV. ¿Impaciencia ó impotencia? 49	CRÓNICA INTERNACIONAL.—I. La codicia rompe el saco.—II. Inglaterra y Portugal.—III. La repre- sión.—IV. Alemania y los Estados Unidos.—V. Los apuros de Italia. 113
Triste labor. 52	Al frente austro-húngaro en Galizia (V. Del cuartel de la guerra a Kaschau.—Impresiones del camino). 116
Conversaciones de la guerra 54	Conversaciones de la guerra 118
Nuevo casco alemán 58	Defensa aérea de las ciudades. 122
Los deberes del alemán. 58	La edad de los generales 123
CRÓNICA MILITAR.—I. La guerra de ayer, la de hoy y la de mañana.—II. ¿Por dónde comenzará la ofensiva germana en el frente oriental?—III. Errores cometidos en la campaña en Mesopota- mia.—IV. Las operaciones en Mesopotamia hasta fin de septiembre de 1915.—V. La superioridad de la artillería alemana.—VI. ¿Continuará el ataque a Verdun?—VII. La situación el 18 de abril. 59	CRÓNICA MILITAR.—I. Ampliación de los objetivos militares en la nueva fase de la guerra.—II. Los combates en el aire.—III. El último año de gue- rra.—IV. El teatro decisivo.—V. La situación el 13 de mayo. 122
CRÓNICA INTERNACIONAL.—I. Consecuencias pre- vistas.—II. Armonías franco-inglesas.—III. El fracaso de la conferencia económica.—IV. Los neutrales. 65	CRÓNICA INTERNACIONAL.—I. Cambio de orienta- ción en Rusia.—II. Una grave cuestión social en Francia.—III. Síntomas de ruina. 129
El derecho y los nuevos medios de guerra. 68	El fantasma. 132
	Conversaciones de la guerra 134
	Al frente austro-húngaro en Galizia (VI. Lo que me cuenta un teniente.—El desgraciado Ervin. —Las mil ochocientas y ocho granadas de mano). 138
	El armamento de los aeroplanos 140
	CRÓNICA MILITAR.—I. Ojeada general sobre las ba- tallas de Verdun.—II. La ofensiva austro-hún-

	Págs.
gara.—III. La situación el 18 de mayo.	141
CRÓNICA INTERNACIONAL.—I. El esclavo de su culpa.—II. La técnica en Alemania.—III. La cuestión de Irlanda.	145
Un grito del corazón.	147
Al frente austro-húngaro en Galizia (VII. En el valle del Ung.—Lo que nos cuenta el Mayor).	150
Conversaciones de la guerra.	151
Salónika y Torres Vedras.	155
La administración alemana en el territorio ocupado por los ejércitos de Hindenburg.	156
CRÓNICA MILITAR.—I. Los errores del mando italiano.—II. Un nuevo aspecto de las operaciones de Verdun.—III. La situación el 24 de mayo.	158
CRÓNICA INTERNACIONAL.—I. Italia y sus aliados.—II. Inglaterra y Asia.	161
Al frente austro-húngaro en Galizia (VIII. Recorriendo el campo de los combates).	163
Conversaciones de la guerra.	164
El ataque y defensa de las plazas fuertes y los obuses y morteros austro-alemanes.	166
Responsabilidad e iniciativa.	171
CRÓNICA MILITAR.—I. Las cocineras en el ejército inglés.—II. Carácter y alcance de las operaciones en Verdun.—III. La maniobra austriaca en el Tirol y la situación en Rusia.—IV. La situación el 31 de mayo.	172
CRÓNICA INTERNACIONAL.—I. El cansancio.—II. El clamor de auxilio.—III. Grecia y los beligerantes.—IV. ¿Qué ocurre en Egipto?	177
Al frente austro-húngaro en Galizia (IX. El caso de Uszok.—Su organización defensiva.—La fosa común).	179
El temor a la responsabilidad.	182
Conversaciones de la guerra.	183
El teatro austro-italiano.	186
La reconquista y subsiguiente pérdida del fuerte de Douaumont.	187
CRÓNICA MILITAR.—I. La lucha desigual.—II. Posibilidad de un ataque en la costa de Flandes.—III. Situación difícil del mando italiano.—IV. La campaña austro-italiana.—V. La batalla naval del Skager Rak.—VI. La situación el 6 de junio.	188
CRÓNICA INTERNACIONAL.—Declaraciones memorables: I. Antecedentes.—II. La interpelación.—III. Declaraciones de Sir Eduardo Grey.	193
Al frente austro-húngaro en Galizia (X. Del paso de Uszok a Turca.—Las tumbas de los que cayeron.—Prisioneros rusos.—Los fugitivos.—Opiniones de un estratega civil).	195
Los dos «Estados».	198
Conversaciones de la guerra.	199
La campaña naval.	203
¿Qué suerte ha corrido el «Warspite»?	204
CRÓNICA MILITAR.—I. Contra el puntal de la alianza.—II. El premio colectivo.—III. El general Kitchener.—IV. La victoria de los rusos en Galizia y Volinia.—V. La situación el 13 de junio.	204
CRÓNICA INTERNACIONAL.—I. La muerte de Kitchener.—II. La opinión italiana.—III. El último discurso del canciller alemán.—IV. Grecia.	209
Al frente austro-húngaro en Galizia (XIV. Boehm-Ermolli.—En Lemberg.—La reconquista de Galizia narrada por el doctor Bardolf, jefe de Estado Mayor del general Boehm-Ermolli. (II Ejército austro-húngaro.—Batalla de Gorlice-Tarnov).	211
Conversaciones de la guerra.	214
Un juicio inglés sobre la batalla naval del Skager Rak.	216
Lo que es la batalla de Verdun.	218
Cómo se hundió el «Queen Mary».	219
La campaña naval.	220
CRÓNICA MILITAR.—I. El espíritu.—II. Verdun y la crisis de la guerra.—III. Alcance de la victoria rusa.—IV. Las operaciones en Rusia.—V. La situación el 20 de junio.	221
CRÓNICA INTERNACIONAL.—I. La crisis italiana.—II. Las conferencias de carácter económico.—III. La famosa «sesión secreta».—IV. Los beligerantes y la paz.	225
Al frente austro-húngaro en Galizia (XV. La re-	

	Págs.
conquista de Galizia narrada por el general Bardolf, jefe de Estado Mayor del II Ejército austro-húngaro).	228
Conversaciones de la guerra.	229
La situación estratégica.	231
La campaña naval.	235
Sobre la guerra.	236
CRÓNICA MILITAR.—I. La situación en Salónika.—II. El futuro desarrollo de la guerra.—III. La batalla de Verdun.—IV. Las operaciones en Rusia.—V. La situación el 26 de junio.	236
CRÓNICA INTERNACIONAL.—I. Un nuevo motivo de inquietud para la «Entente».—II. La conferencia económica de los aliados.—III. La conquista de Grecia.—IV. El bloqueo económico de Suiza.	241
Al frente austro-húngaro en Galizia. (XVI. La reconquista de Galizia narrada por el general Bardolf).	243
La campaña naval.	246
Conversaciones de la guerra.	247
Desde Alemania.	249
Operaciones del ejército inglés en el frente occidental.	251
CRÓNICA MILITAR.—I. Las tropas de primera línea, las de reserva y las territoriales.—II. Repercusión de la ofensiva rusa en el frente italiano.—III. En vísperas de las grandes operaciones.—IV. La situación el 3 de julio.	253
CRÓNICA INTERNACIONAL.—I. La crisis de la alimentación en Alemania.—II. Posible lucha de sexos.—III. Reclamación esperada.	257
Al frente austro-húngaro en Galizia. (XVII. A las fortificaciones de Lemberg.—El sombrero de mi colega.—En el fuerte de Lisagora).	259
Conversaciones de la guerra.	262
La verdadera situación en Alemania.	263
La campaña naval.	266
Desde Austria.	267
Un hospital de material.	268
Cómo fué tomado el fuerte de Vaux.	269
CRÓNICA MILITAR.—I. Importancia de la medicina y cirugía en la presente guerra.—II. Acerca de la ofensiva en el Somme.—III. La situación el 9 de julio.	270
CRÓNICA INTERNACIONAL.—I. Delirios de la prensa.—II. Los aliados y los neutrales.—III. Los submarinos mercantes.	273
Al frente austro-húngaro en Galizia (XVIII. Detrás del frente.—Cumpliendo mi promesa.—Ojeada sobre «detrás del frente»).	275
Conversaciones de la guerra.	276
Los múltiples aspectos de un problema delicado.	278
La ceremonia del te en el Japón.	280
Un elogio fúnebre de Lord Kitchener.	282
Desde Alemania.	283
La campaña naval.	284
CRÓNICA MILITAR.—I. La improvisación.—II. Verdun y el efecto de la masa.—III. Unidad de acción y disparidad de esfuerzos.—IV. La situación el 16 de julio.	285
CRÓNICA INTERNACIONAL.—I. Calma.—II. Italia y Alemania.—III. Los submarinos.	289
Al frente austro-húngaro en Galizia (XIX. De Lemberg a la línea de fuego.—El obús de 15 cms.—El campesino espía.—El cólera del colega).	291
Conversaciones de la guerra.	292
En el frente del Somme.	294
Bélgica y Serbia.	295
Las ametralladoras alemanas en la batalla del Somme.	296
La campaña naval.	298
Las subsistencias en Inglaterra.	299
CRÓNICA MILITAR.—I. Verdun y el Somme.—II. La iniciativa y el desgaste.—III. Las batallas del Somme.—IV. La situación el 21 de julio.	299
CRÓNICA INTERNACIONAL.—I. Las tropas rusas en Francia.—II. Rumanía.—III. Una amenaza para Inglaterra.—IV. La dimisión de Sazonov.	305
Al frente austro-húngaro en Galizia (XX. El Zlota-Lipa.—En el 71 regimiento de Infantería.—Ataque ruso y contraataque austro-húngaro).	307
La campaña naval.	309

	Págs.
La batalla naval del Skager Rak.	310
Conversaciones de la guerra	315
CRÓNICA MILITAR.—I. La batalla naval del Skager Rak.—II. La iniciativa más valiosa.—III. Ojeada general sobre las operaciones.—IV. La situación el 27 de julio	317
Al frente austro húngaro en Galizia (XXI. Abandonando la línea de fuego.—El Dniester.—Te al aire libre.—Przemysl)	321
La batalla naval del Skager Rak.	323
Conversaciones de la guerra	327
La importancia estratégica de Peronne	330
¡En pie los muertos!	331
La campaña naval.	332
CRÓNICA MILITAR.—I. Importancia de las municiones en la presente guerra.—II. El momento crítico en el teatro occidental.—III. Verdun y Somme.—IV. La situación el 3 de agosto.	333
CRÓNICA INTERNACIONAL.—I. El esfuerzo financiero de Inglaterra.—II. La lista negra de Inglaterra.—III. Los Balkanes.—IV. El rigorismo de la ley.	337
Al frente austro-húngaro en Galizia (XXII. Jaroslau.—Tarnov.—Muertos danzantes.—El Visloka.	339
Conversaciones de la guerra	340
En el frente austro-italiano.	342
La guerra en los aires.	346
La campaña naval.	349
CRÓNICA MILITAR.—I. Métodos anti-estratégicos.—II. Hindenburg y las operaciones en Rusia.—III. La situación el 10 de agosto	350
CRÓNICA INTERNACIONAL.—I. La prensa beligerante.—II. El presupuesto del Imperio ruso.—III. Italia y Alemania	353
Conversaciones de la guerra	355
La campaña naval.	357
¿Qué hace el ejército de Sarraill?	358
Relación alemana de la batalla del Skager Rak.	358
El método francés de ataque en el Somme	362
Corta historia de la campaña montenegrina.	363
CRÓNICA MILITAR.—I. La dimisión de mandos y el mando único en el frente oriental.—II. Concepto general de las operaciones en el frente ruso.—III. La ofensiva aliada y la ofensiva rusa.—IV. La maniobra rusa de flanco en Galizia.—V. La situación el 19 de agosto.	364
CRÓNICA INTERNACIONAL.—I. Rusia y sus aliados.—II. La prórroga de funciones en el parlamento inglés.—III. Palabras misteriosas.—IV. La cuestión de Polonia.	369
El resurgimiento de Rusia.	371
La campaña naval.	373
Conversaciones de la guerra	374
En el asalto de Nowo-Georgiewsk.	375
La próxima guerra.	378
CRÓNICA MILITAR.—I. La ofensiva franco-inglesa	

en el Oeste y el fin de la guerra.—II. La campaña austro-italiana.—III. El exceso y el defecto en la defensa de las plazas fuertes.—IV. La situación el 25 de agosto.	381
CRÓNICA INTERNACIONAL.—I. El odio anglo-alemán.—II. Las listas negras.—III. El porvenir de Polonia.—IV. Dos guerras más.	385
El camino de la victoria	387
Conversaciones de la guerra	389
El papeleo.	390
La rebelión de Irlanda.	391
Una arenga del Kaiser.	395
CRÓNICA MILITAR.—I. La expedición a Salónica.—II. La última campaña en el frente oriental.—III. La intervención de Rumanía en la guerra.—IV. La situación el 31 de agosto.	396

MAPAS INTERCALADOS EN EL TEXTO

Plano de los combates de la Alta Alsacia	5
Campo de batalla de Ipres	85
Plano de las operaciones en Mesopotamia.	93
Plano de operaciones en el Tirol.	175
Cuadro explicativo de las zonas de operaciones y de etapas.	276
Esquema de la batalla naval del Skager Rak.	310

MAPAS SUELTOS

Número LIX	—Noyon-Reims-Paris
« LX	—El extremo Sur del frente occidental.
» LXI	—El frente occidental.—Nieuport-Ipern-Armentières-Lille.
» LXII	—El frente occidental.—La Bassée-Arras-Bapaume-Albert.
» LXIII	—El frente occidental.—Chaulnes-Roye-Ham-Noyon-Compiègne-Soissons
» LXIV	—El frente occidental.—Laon-Vailly-Berry au Bac.
» LXV	—El frente occidental.—Reims-Epernay-Champagne.
» LXVI	—El frente occidental.—Argonner-Wald-Verdun-Combres.
» LXVII	—El frente occidental.—Priesterwald-Toul-Nancy.
» LXVIII	—El frente occidental.—Saint-Mihiel-Luneville.
» LXIX	—El frente oriental.—Región Kowel-Lemberg.
» LXX	—El centro alemán en el frente oriental.—(Smorgon y Baranovitchi)

156 grabados intercalados en el texto



HEMEROTECA MUNICIPAL
MADRID

LA GUERRA EUROPEA

NÚMERO 101.—BARCELONA 5 DE ABRIL DE 1916



Locomotora acorazada del ferrocarril del Uganda (Africa Oriental inglesa)

CRONICA INTERNACIONAL

I. La Cámara francesa.—II. La Cámara italiana.—III. El cuarto empréstito de guerra alemán.—IV. La retirada de von Tirpitz

I.—La Cámara francesa

Con frecuencia nos hemos ocupado en estas *Crónicas* de las discusiones habidas en el Parlamento inglés. No se han regateado, ciertamente, en él las censuras, acres y duras, a determinados gobernantes y generales, pero se ha tenido la franqueza de puntualizar nombres y hechos; la precaución, que no es más que un deber, de no envolver en la crítica a colectividades y organismos; y la fortaleza y serenidad indispensables para que nadie viera en el ataque una manifestación de debilidad o temor; antes al contrario, la impresión que dejan aquellos debates es que Inglaterra, que hasta ahora ha padecido materialmente muy poco, se cree invulnerable.

No es tan apacible la Cámara francesa. De vez en cuando estallan allí gritos de coraje, voces de irritación, que no concretan, por lo general, los cargos, sino que los extienden al *sistema*; se habla del alto mando, y en esta frase quedan incluidos todos los

generales; se alude a la administración, que comprende desde el Presidente del Consejo de Ministros al último funcionario; el mismo alcance se da a las voces Hacienda, Intendencia, Sanidad, Aviación. Una minoría, que no deja de representar una parte de la opinión, protesta airadamente de vez en cuando contra la atmósfera ficticia de optimismos y bienandanzas que es la principal preocupación de los gobernantes, y al rasgar el velo siempre suele ser el ejército la víctima sobre la que los oradores descargan sus golpes. Se inciensa al soldado, se le pone por las nubes, se prescinde del oficial, como si fuera algo indiferente o anodino, y se zahiere al general; es el método tan conocido de la llamada «democracia», tal como se la entiende en aquellas y otras latitudes.

Nada tendrían de extraño estos hechos si sólo obedecieran al pensamiento o al juicio de algunos hombres exaltados o descontentos, que nunca faltan en las naciones; lo grave es que la causa inicial del

disgusto desaparecería en el acto, con sólo declarar al país la verdad, aún menos que eso, con no presentar la situación de un modo diferente a como es. Se le está diciendo a Francia, hace veinte meses, que el enemigo va de derrota en derrota, que fracasa en todas partes, que no puede medirse moral ni materialmente con las tropas francesas, que está agotado, que la victoria es segura e inmediata; la más insignificante ventaja local se transforma en espléndido y trascendental triunfo; los avances del enemigo son positivos errores y jamás tienen importancia; se le promete al pueblo la ayuda inminente y todopoderosa de los Estados Unidos, Grecia y Rumanía, ayuda que nunca llega; se le describe la pujanza británica, que jamás acaba de manifestarse; se le anuncia para el día siguiente la victoria esplendorosa de los rusos e italianos, como antes la de los serbios y montenegrinos; se señaló la fecha de la entrada triunfal en Constantinopla; se habla del Rhin como de lo que se tiene al alcance de la mano... El resultado es que el pueblo, ardiente patriota, vive resignado, tranquilo en la apariencia, aunque poseído de interior excitación, y cada vez que un nuevo infortunio viene a añadirse a la lista de los ya sufridos, se revuelve encolerizado contra quienes, desconociendo o no confiando en las buenas cualidades del país, se empeñan en tratarle como a un chico, como a un analfabeto inculto. La prensa, sin libertad, no es instrumento apropiado en estos tiempos para que se exterioricen los síntomas de impaciencia, que, claro está, salen a luz en el Parlamento. Pero, como siempre que se comprime demasiado la opinión, las voces en la Cámara rebasan la medida de lo prudente y justo, y vienen a ser las primeras víctimas del estado político y del ambiente social que impera hace muchos años, los que se presentan al país como si fueran los únicos culpables. ¡Espectáculo lastimoso! La paciencia tiene sus límites, y lo peor es que no parece sino que se pretende poner frente a frente la paciencia del ejército y la del pueblo, que son una misma cosa.

Únicos hombres, los parlamentarios, que gozan de plena libertad, varios de ellos han creído tal vez que la función daba el mérito; recordando tristísimos precedentes, de la época más triste aún del Terror, juzgáronse capacitados para entender en todo y dirigirlo todo; no les bastó que se les llevase a los frentes de batalla y se les explicara y enseñara cuanto quisieron saber: trataron de fiscalizar, intervenir, entrometerse en la dirección de las operaciones. Pudo atajarse esta tendencia malsana, que ha costado la cartera al Ministro de la Guerra, general Gallieni, opuesto, como hombre serio que es, a la intromisión de la política en la guerra.

Se está incubando en Francia una tormenta, que sólo la victoria o una radical transformación de procedimientos serán capaces de atajar. Si al hombre adulto se le trata sistemáticamente como si fuera menor de edad, no ha de extrañarse que cualquier día se conduzca con arrebato, encolerizado, sin miramiento ninguno. La presencia del invasor en el suelo patrio contiene a todos; el peligro se presentará si el adversario es arrojado poco a poco y sangrientamente, o si afirma todavía más su situación, internándose en Francia. Esto es lo menos que se deduce, para no recargar el cuadro, de la contem-

plación de los tempestuosos debates que cada vez con mayor frecuencia tienen lugar en el Parlamento francés.

II.—La Cámara italiana

Por violentas que hayan sido las escenas registradas en la Cámara francesa, quedan muy atrás de las ocurridas en la italiana. Una minoría radical y algunos diputados independientes han atacado de un modo violento y despiadado al Ministerio, y reclamado la constitución de un Gobierno nacional. Se ha pretendido saber por qué Italia, en lucha con Austria, no ha declarado la guerra a Alemania; se ha acusado a Inglaterra de querer alcanzar la victoria por medios económicos y con la sangre de sus aliados; se ha dicho en pleno Parlamento que Alemania era invencible; se ha denunciado—el Gobierno lo desmintió—que empezada ya la guerra, continuó algún comercio de exportación con Alemania; se ha llamado torpe e inepto a Salandra, y otros calificativos no menos duros han caído sobre Sonnino.

El Gobierno ha estado varias veces a punto de declararse en crisis; el Soberano fué llamado a toda prisa; hubo que suspender más de una sesión. Como en Francia, el disgusto popular ha escalado el palacio del Parlamento. Debe de reconocerse que asiste a los italianos más razón que a los franceses, porque entraron más engañados en la guerra; se les prometió lo que no se les ha podido dar, se renunció a una presa que se ofrecía a las buenas, por estimarla pequeña, y la realidad ha demostrado que era muy excesiva.

No son sólo las operaciones lo que tiene descontento al país; el empréstito de guerra fué un fracaso que puso al desnudo la pobreza del Reino; la miseria se extiende; el egoísmo inglés ha encarecido enormemente la vida en Italia; los aliados la han demostrado más de una vez el poco aprecio que de su ayuda hacen; las cosas se han puesto mal en Albania; y en Libia ha sido menester abandonar el territorio del interior, que a costa de tanta sangre y de tanto tiempo se consiguió ocupar. Les sobran motivos a los italianos para su disgusto.

No lo dicen, pero ahora no hay allá quien ignore que si Italia se hubiera puesto al lado de los Imperios centrales, la guerra habría terminado, con pérdidas mínimas y ganancias máximas. ¿Para ese error sirvió el legendario talento político de los hombres de Estado?

Sin embargo, en la Cámara italiana se ha patentizado una prudencia, que ciertos días se ha ausentado de la francesa. El ejército ha quedado libre de ataques y censuras; si no hace más, es porque no puede o porque el país no le da más; sería insensatez pretender que quien ha obtenido los sufragios populares se encuentra *ipso facto* capacitado para enmendar la plana a los profesionales de la milicia, de la hacienda o de la marina. Las diatribas han recaído, pues, exclusivamente contra el Gobierno, y ello cae perfectamente dentro de los moldes del régimen constitucional. Tal vez ha habido más incorrección de forma en el Parlamento italiano, pero mucha más pureza de doctrina que en el francés. Acaso desapareciera la causa de este reproche, si al-

gún día se viera Italia en el caso, más desgraciado, de su vecina Francia.

III.—El cuarto empréstito alemán de guerra

El ministro de Hacienda alemán, Herr Helfferich, anunció, el 16 de marzo, en el Reichstag, el cuarto empréstito de guerra. Con una ligereza, que no se explica en estos tiempos, dijeron los periódicos franceses e ingleses que el ataque a Verdun no tenía más objeto que el asegurar el éxito de ese empréstito; la verdad es que Herr Helfferich, en su discurso, sólo se refirió a Verdun en estos precisos términos: «Nuestras tropas están rechazando al enemigo, gloriosa y tenazmente, en Verdun». La verdad es que no cabe decir en menos palabras una verdad que está a la vista de todo el mundo. Traducimos a continuación algunos párrafos del discurso, que no han sido negados por la prensa inglesa, bien que han servido de mofa—que no demuestra nada—a la de París:

«La suscripción al cuarto empréstito de guerra será de la mayor significación en lo que toca al resultado de la lucha internacional. Hasta ahora, hemos desafiado a todos nuestros enemigos en esfuerzos financieros. Ninguno de ellos ha igualado nuestros resultados. Hemos colocado, con éxito creciente, en tres enormes empréstitos, 25 mil millones de marcos.

«Batimos el primer empréstito inglés con nuestro segundo empréstito, y el segundo empréstito inglés con nuestro tercero, y la Gran Bretaña no se ha atrevido aún a emitir el tercero. Su deuda a corto plazo ha aumentado prodigiosamente, y desde fin de marzo, incluyendo el empréstito americano a cinco años, no ascenderá a menos de 15 mil millones de marcos; a pesar de que ha de cubrir este déficit, el ministro de Hacienda británico no se atreve a anunciar un empréstito, necesario y urgente hace meses.

«No es ya posible un empréstito inglés a menos de 5 por 100. Sin embargo, un empréstito al 5 por 100, significa el automático aumento de valores al 4 y medio por 100 en cantidad de 20 mil millones de marcos. Francia, con su «Empréstito de la victoria», no pudo cubrir 25 mil millones de marcos.

«Nuestros gastos de guerra excedieron de dos mil millones en los últimos meses de 1915, pero fueron más bajos en enero y febrero, y probablemente también en marzo de 1916. De modo que apenas han subido sobre los de hace un año, a despecho del aumento de tropas y municiones y del encarecimiento de las subsistencias y primeras materias. Los gastos diarios de guerra de Inglaterra excedían hace ya mucho tiempo de 90 millones, y pronto alcanzarán a 100 millones, siendo por consiguiente 50 por 100 más elevados que los nuestros. Los de Francia, también al día, son casi tan grandes como los nuestros, y lo mismo se aplica a Rusia. Evalúo el gasto diario de guerra del enemigo, incluso Italia, en 240 millones de marcos. Los nuestros y de nuestros aliados son a lo sumo de 110 millones. Estimo el total de los gastos desde el comienzo de la guerra al 31 de marzo de 1916, para el enemigo en 100 a 105 mil millones de marcos, y los nuestros y de nuestros aliados en 50 a 55 mil millones.

«Nuestra situación económica interior nos inspira igual confianza. Nuestros gastos de guerra, que han beneficiado principalmente a las industrias del país, se han acumulado desde el tercer empréstito de guerra en una poderosa organización de capitales.

«A la vez que se desvanece su esperanza en la guerra de desgaste, nuestros enemigos estudian nuestro método de arbitrar dinero. Reconocen la significación de nuestro cuarto golpe económico, que triunfa antes de que la poderosa Inglaterra pueda asestar el tercero. Incapaz de emularnos, difunde las más ridículas mentiras sobre nuestra situación financiera. Nosotros demostraremos más resolución y fuerza que nunca, y probaremos al extranjero que toda esperanza de debilitarnos es vana, y que es menester conquistar a todo el pueblo alemán unido, soldado en una sola pieza».

El concepto alemán sobre los empréstitos, se expone en los siguientes párrafos:

«El Ministro de Hacienda inglés anunció en los primeros meses de la lucha que una parte considerable de los gastos de guerra saldría de las contribuciones de guerra y no de los empréstitos. Pero esas contribuciones no bastaron, porque sólo ascendieron al 7 por 100 del total de los gastos de guerra ingleses, de suerte que Inglaterra apenas tiene dinero a su disposición, después de pagar los intereses de la deuda. Nosotros no pensamos nunca en cubrir una parte considerable de nuestros gastos de guerra acudiendo a los impuestos, porque tenemos un concepto más exacto de las demandas financieras de la guerra. Nos limitamos al mantenimiento de los principios de la economía del Estado, y perseveramos con la mayor energía en esta política, de la que dependen los más altos intereses. Hemos de hacer la guerra de un modo financiero, y sólo podremos evolucionar al estado económico de paz si la economía imperial está firmemente asentada. Ni podemos pedir ni podemos aceptar miles de millones del país, que por cuarta vez nos ofrece sus ahorros, henchido de confianza y ardiente patriotismo, a menos que les garanticemos el equitativo pago de intereses».

La embriaguez de millones se ha apoderado de los beligerantes, y no es fácil que la guerra termine por el aniquilamiento financiero de ninguno de ellos, a excepción de Rusia, que es el que se encuentra en situación más angustiosa.

IV.—La retirada de von Tirpitz

Más resonancia que todas las crisis habidas en los gabinetes de la Cuádruple, ha tenido la retirada de von Tirpitz. Ello se debe en primer lugar a la inmutabilidad y fijeza de los gobernantes alemanes, frente a la inestabilidad de los aliados, y en segundo a la relevante figura de von Tirpitz, creador de la marina alemana, alma de ella, y personaje identificado con el Kaiser hace más de cuarenta años.

La prensa extranjera ha dedicado especial atención a este suceso, que durante varios días ha sido el tema preferente de la alemana. La *Kölnische Zeitung*, en un suelto oficioso, que se cree inspirado por el canciller, ha dicho que la situación se encuentra en tal estado que «los directores responsables de la dirección de los asuntos militares y polí-

ticos de la Nación, después de apreciar detenidamente todas las circunstancias, no podían resolverse a adoptar el camino, con todas sus consecuencias, que preconizaban un hombre y su sistema». De estas significativas palabras y de lo que dice el resto de la prensa alemana, se deduce que sobrevino una discusión entre el Kaiser, con su canciller, y von Tirpitz, respecto al método que convenía seguir en el desarrollo de la nueva campaña submarina. El almirante era partidario de la guerra sin contemplaciones y sin reparar en lo que pudiera sobrevenir, y la verdad es que el anuncio que hizo el Gobierno Imperial, en el mes de febrero último, estaba en armonía con este propósito: parecía que se iba a entrar en una campaña implacable, en la que no se respetaría a ningún barco enemigo mercante, sin darle previo aviso del ataque. Contra este anuncio, los sucesos del mes de marzo han comprobado que no ha habido cambio sensible en la conducta de los submarinos alemanes, ni recrudescimiento de la campaña; las cosas se desenvuelven lo mismo que antes, como si se hubiese dado de lado al primitivo propósito.

Ha triunfado, según esto, el partido de la contemporalización, frente al de la intransigencia. Resultará favorecida Inglaterra, pero no es por consideración a ella que se ha adoptado el partido más suave. La causa ha de buscarse en la actitud de los Estados Unidos, cuyo presidente, Mr. Wilson, ha ido descubriendo poco a poco el juego hasta adoptar una actitud francamente hostil a Alemania. Tal vez von Tirpitz haya sido sacrificado para evitar más graves rozamientos, y su dimisión puede estar relacionada con una mayor transigencia del presidente de la Unión. Si es así, existen precedentes para estimar que Alemania se equivoca: Mr. Wilson volverá a insistir, y la caída de Tirpitz sólo le satisfará de momento.

Ha substituído a von Tirpitz uno de sus subordinados, compenetrado con él, de modo que no habrá variaciones en la dirección de la marina alemana ni de la guerra naval. Se trata de un incidente de carácter político internacional. La transigencia del Gobierno Imperial, en este asunto de tan vital interés para su país, denota que Alemania desea evitar la complicación y consiguiente prolongación de la lucha, lo que es lo mismo que decir que abraza la esperanza de poner pronto término a la guerra, tal como ahora está entablada. Pero la palabra paz no es de allí de donde ha de brotar para que germine y fructifique, sino que ha de salir de Inglaterra, y los gobernantes de Londres no piensan, ni mucho menos, en interrumpir las operaciones que tan tenazmente realizan sus aliados; espera que estos, o sus adversarios, se desangren y queden sin fuerzas, y se nieguen, unos u otros, a la prosecución de la lucha.

F. LARIN.

LOS COMBATES EN LA ALTA ALSACIA A MEDIADOS Y A FINES DE ENERO (1915)

(Por el Gran Cuartel General alemán).

Ya desde los comienzos de la guerra hicieron los franceses grandes esfuerzos para apoderarse de Alsacia Lorena. La batalla de Mülhausen puso un término rápido a la invasión de la alta Alsacia, emprendida desde Belfort a principios de agosto, y la ofensiva contra la Lorena quedó desbaratada después de la brillante victoria del Kronprinz de Baviera. Desde entonces no han vuelto a intentar los franceses entrar en la Lorena. En cambio sí lo hicieron nuevamente en la alta Alsacia cuando se asignó otro cometido a las fuerzas alemanas que allí había. Por segunda vez los franceses ocuparon pasageramente Mülhausen y avanzaron hacia el Norte hasta Enxishheim. Pero no duró mucho su alegría. Una nueva ofensiva alemana rechazó al enemigo, que hoy solamente ocupa, en los Vosgos, los valles de Weiler y Munster, y la zona fronteriza situada inmediata y frente a Belfort, mientras que en los Vosgos del Norte las tropas alemanas han penetrado profundamente en territorio francés puesto que llegan a la altura de Senones.

A fines de diciembre de 1914 emprendieron los franceses, por tercera vez, una ofensiva en dirección a Mülhausen. Se proponían, según manifestaciones de los prisioneros, que para fin de enero, la ciudad hubiese caído definitivamente en su poder.

En los partes diarios del cuartel general consta que desde el 27 de diciembre hasta el 8 de enero, se luchó tenazmente día por día para apoderarse de la altura 425 situada al Oeste de Sennheim. Pero los franceses no pasaron de esa altura. En cambio las tropas alemanas consiguieron ganar terreno.

En el Hartmanusweilerkopf sólo había habido, hasta fines de diciembre, guardias francesas y alemanas que se observaban frente a frente. Es este un punto de excursión muy frecuentado y muy interesante desde el punto de vista geológico y botánico. Está situado a una altura de 956 metros, es decir, cerca de 700 metros sobre el valle del Rhin. Ocupaban los alemanes la parte oriental de la altura y los franceses la occidental. Estos habían enviado a los Vosgos del Sur varios batallones de cazadores alpinos y habían destacado una compañía entera de éstos al Hartmanusweilerkopf. Esta se hizo fuerte allí, construyendo una posición que en forma elíptica encerraba el punto más elevado. Los franceses ocuparon fuertemente el Belchen, así como la altura del Molkenrain (1,125 metros), a la que se llega desde Hartmanusweilerkopf pasando por Yägartanne.

Los primeros ataques alemanes al fuerte del Hartmanusweilerkopf se estrellaron contra su fuerza. La tropa encargada del ataque, tropa procedente de tierra llana, tuvo primero que conocer y aprender a combatir las habilidades de un enemigo experto en la guerra de montaña, enemigo que, cubierto con pieles de cabra y ramas de pino, se subía a los árboles cubiertos de nieve y desde allí, sentado en cestos, tiraba sobre nuestros soldados. Pronto cercaron éstos completamente el fuerte; también se ocupó Yägartanne a fin de poder rechazar las aco-

metidas francesas que se esperaban desde Molkenrain para levantar el cerco. Estas se intentaron con un batallón de cazadores por lo menos, pero fueron rechazadas por nuestras escasas tropas que se apresaron a la defensa. También fracasaron las salidas que intentó la guarnición. Entretanto se habían preparado los medios necesarios para el ataque, de

oficiales prisioneros declararon que las medidas alemanas para tomar las alturas habían sido excelentes.

Habían estado expuestas nuestras tropas, durante estas luchas, a las mayores fatigas y privaciones. Combatiendo en grandes alturas, con mucha nieve, donde los pinos se alzan al cielo y la espesura del



Plano de los combates de la Alta Alsacia

modo que éste se pudo emprender el 19 de enero. Los primeros disparos dieron en el alojamiento de los oficiales de la posición. Dos oficiales cayeron muertos y uno herido. Convencido de lo inútil de la resistencia, el último oficial se entregó con el resto de la guarnición. Así cayeron prisioneros un oficial y 150 cazadores alpinos. Dos días después se tomó también Hirzstein y allí quedaron prisioneros dos oficiales más y 40 hombres. Nuestras tropas habían llegado al Hirzstein sin disparar un tiro. Los

bosque limita la vista a pocos metros, sin albergue ni comida caliente, la tropa prestó un servicio verdaderamente extraordinario. Sólo después de rechazado el enemigo se pudo pensar en acomodarse en cierto modo, en construir caminos y chozas y en preparar ranchos calientes. Ahora vemos también en lo alto de la montaña soldados de caballería, pero no a caballo sino provistos de mochilas, bastones de monte y espuelas para hielo. Durante horas y a veces hasta por medias jornadas hacen los jine-

tes a pie servicio de patrullas y traen con frecuencia excelentes informaciones.

El intento francés de abrirse camino hacia Mülhausen por Seunheim se estrelló contra la resistencia alemana y después de ello intentó el enemigo, el 27 de enero, romper por otro punto. Había elegido el cumpleaños del Emperador para sus ataques. Se encontraba un cuartel general precisamente en la iglesia, donde se estaba celebrando la misa, cuando a las once de la mañana llegó un parte del puesto de comunicación inmediato manifestando que el enemigo atacaba en la dirección de Ammerzweiler y pidiendo protección de artillería. Tan pronto fué ésta concedida, anuncióse también un ataque de infantería francesa contra un puesto avanzado del canal del Rhin al Ródano, es decir, dentro del sector de aquella unidad. La guardia alemana se encontraba en terreno difícil por lo cubierto y fué arrollada por una fuerza francesa muy superior en número.

Simultáneamente dieron los franceses un tercer ataque en la dirección de Aspach. En éste, como en el ataque dirigido sobre Ammerzweiler llegaron hasta distancia de asalto, pero allí se estrellaron con grandes pérdidas.

En cambio el enemigo que había avanzado hasta el canal, se empezó a hacer fuerte allí, para lo cual rodeó a la guardia alemana, clavó unas estacas que había llevado, desarrolló carretes de alambre e instaló enseguida en los árboles ametralladoras.

Entretanto el jefe alemán dispuso un contra-ataque para el que, por lo distantes que se hallaban las reservas, se emplearon en parte las reservas de los sectores que estaban más a mano. Fueron una compañía de Landwehr y otra de Landsturm las que, a las cuatro de la tarde, se lanzaron sobre el enemigo para arrancarle la posición que se había perdido. A las siete de la noche la posición nuevamente estaba en poder de los alemanes. Con legítimo orgullo pudieron contemplar los vencedores de la Landwehr y Landsturm los trofeos conquistados, varias ametralladoras y los prisioneros. A las cuatro de la tarde se había producido y había sido rechazado un nuevo ataque francés contra las posiciones alemanas del bosque de Hirzbach.

Era ya de noche cuando, a las nueve y media, el enemigo hizo un último intento para romper la línea alemana en el bosque de Hirzbach y para reconquistar la posición del canal.

Todos esos ataques fueron rechazados. Al día siguiente se encontraron muchos muertos franceses delante de las posiciones alemanas. Contra lo que sucedía en los ataques de día fueron muy poco violentos los ataques de noche de los franceses. En el bosque de Hirzbach los soldados alemanes oían cómo los oficiales franceses tenían que esforzarse para conseguir hacer avanzar a sus tropas.

Traducido por
GRAVELINAS

EL TRIPLE AISLAMIENTO INTENTADO POR LA «ENTENTE»

Se ha dicho, sin que por ahora sea posible saber si es o no verdad, que en esta tremenda guerra el empuje de las armas ha rendido casi todo su efecto útil, de

mayores proporciones que en guerras anteriores—dígalo si no la terrible derrota de los rusos y la condición de invadida en que se encuentra Francia y la desaparición práctica de Bélgica y Serbia—pero, no obstante, continuará el derramamiento de sangre hasta que se rompa lo que es más fuerte que la fuerza material: el espíritu de uno de los grupos de beligerantes, la voluntad de vencer, o, por lo menos, de no ser vencido.

Se creía que en nuestro tiempo ya no era posible la resistencia más allá de un cierto límite, porque sobrevendría la ruina económica, la paralización de los negocios y del trabajo, el encarecimiento de las subsistencias; todo esto y mucho más ha ocurrido ya, sin llegar al término de la guerra. No parece sino que las naciones hayan perdido todo lo que podían perder, y no les importa continuar luchando, haciendo de la guerra una normalidad.

Se enderezaría en consecuencia la acción de los ejércitos, antes que a destrozarse las masas armadas enemigas, a destruir la voluntad de la nación adversaria, a convencer al pueblo rival de la inutilidad de su resistencia, moviéndolo a una paz, tanto más asequible, cuanto más honrosa fuera para ambas partes. El razonamiento tiene muchos visos de acierto.

Desde el primer momento, antes mismo de que se declarara la guerra entre Alemania y Francia, la Entente emprendió una cruzada (?) para demostrar al mundo la tiranía de Alemania y que el derecho, la justicia y la libertad militaban al lado de los aliados. La campaña fué advertida desde luego por Alemania, que se propuso desvirtuarla, emprendiendo tiempo después, cuando ya había pasado el momento más oportuno, un movimiento de réplica, que trató de difundir en todos los pueblos beligerantes. En esta lucha incruenta, de positiva importancia, la desventaja estaba a todas luces de parte de los germanos, porque, de un modo general, sólo en la Europa central se habla alemán, mientras que el inglés, el francés, el portugués y el ruso, tienen un campo de acción mucho más dilatado. Coadyuvando al mismo resultado, se privó a los alemanes de la facultad de viajar, conservándola los súbditos de los países aliados, y claro está que esta desigualdad vino a favorecer los trabajos de la Entente, tanto como perjudicaba a los germanos.

No es de extrañar, dadas estas premisas, que en toda aquella masa de población neutral que forma su criterio por lo que lee y que acepta todo lo que le dicen, la causa de los aliados pareciera respetable y loable, y se mirara a los germanos como tiranos militaristas, crueles, materializados. En dos meses, toda la reputación de los teutones, ganada en un siglo de duro trabajo y de un esfuerzo sin precedentes, quedó olvidada bajo la balumba de la campaña difamatoria, parcial y archi-interesada de sus adversarios.

Reaccionaron los alemanes, como era de esperar; pero hay que reconocer que no supieron contestar a la campaña de prensa en la forma más adecuada; demasiado apegados a la verdad y a la seriedad, no quisieron entrar en el «se dice» y «se sabe», y la bola de nieve fué adquiriendo las espantosas proporciones que hoy están a la vista de todos. La herida, tanto más dolorosa cuanto más infundada e injustificada, duele de veras en el centro de Europa;

comenzó por irritar, vino luego el contra-ataque, pero el adversario no cedió, aún extremó más la nota; en este linaje de guerra era un maestro insuperable, que no admitía imitación. Convencido tal vez de que en los campos de batalla no obtendría la victoria, la buscó por otro camino, por el del desaliento del espíritu del pueblo ciudadano.

Formóse alrededor de la Europa Central una muralla que la aisló del mundo exterior, la privó de recibir y de exportar mercaderías, la privó de numerosas primeras materias que jamás habían sido, ni lo son, contrabando de guerra, sin que los germanos se conmovieran ni temblaran. No bastando aquel círculo, otro se está levantando mucho más dañino: es menester que los germanos—se ha dicho la Entente—se convenzan de que el mundo en masa está contra ellos; si conseguimos que todos los neutrales manifiesten sus simpatías por nuestra causa, los alemanes y sus aliados comprenderán que algo hay de culpa en sus gobernantes, se rendirán a la evidencia de que el mundo les cree equivocados, desconfiarán de sí mismos, y se prestarán a la paz. El razonamiento es sólido, todo lo maquiavélico que se quiera, pero denota un profundo conocimiento de la psicología de las multitudes y de las naciones.

No otra ha sido la finalidad de la campaña de atracción hecha por los aliados en todos los países de Europa y América. «No ha bastado que los alemanes se encuentren encerrados en un anillo de hierro: es necesario que el aislamiento moral sea más completo todavía. La tierra entera ha de levantarse contra ellos, y con sólo que moralmente nos ayude, la victoria material será nuestra. El peso de la opinión nunca es despreciable».

No hay nación, por pequeña que sea, que no convenga conquistar espiritualmente; ganada que sea en este sentido, vendrá luego como consecuencia natural el distanciarla de Alemania, alejarla económica y comercialmente del centro de Europa, y cuando la paz se haga, Alemania y sus aliados tendrán cerrados los mercados, que estarán a la disposición de ingleses y franceses, puesto que la animosidad es mala puerta para establecer relaciones mercantiles, y mucho más abriéndose de par en par las de los defensores del derecho y de la protección a los pueblos débiles.

De donde resulta que, más que al aislamiento material, se tiende por la Entente al aislamiento espiritual de Alemania; conseguido que sea se habrá dado el golpe de muerte a la fabricación y a la industria y al comercio germánicos. Si los franceses, dados a lo artístico, se satisfacen con el aspecto moral de esta campaña, no hay que decir que los ingleses, más prácticos y positivos, apuntan desde luego a las consecuencias comerciales.

La suma de Portugal al bando de la Entente tiene por ende una importancia grande, que sería aún mayor si se consiguiera que toda la Península ibérica se manifestara partidaria de los aliados. El calumniado y vilipendiado injustificadamente, se vuelve a los amigos y aun a los desconocidos, pero que cree imparciales, para que le hagan justicia; si los ojos de los demás se le desvían de él y se siente solo, envuelto en una atmósfera hostil, se revuelve enfurecido, pero a la postre acaba por resignarse, baja la cabeza y se refugia en la paz de su conciencia. Eso es lo que

pretenden hacer los aliados respecto a los germanos: apartarlos del mundo, aislarlos, enfurecerlos. Política que de todos modos tendrá positivos resultados.

Suponiendo, en efecto, que a pesar de la resistencia de la Entente ésta fuera vencida y derrotada, si todos los neutrales volvieran la espalda a Alemania, ¿en qué condiciones tan deplorables y contrarias comenzaría aquel imperio la obra pacífica de la lucha comercial! De antemano tendrían perdida la partida, y los vencidos en el campo de batalla serían los vencedores en otras pugnas más fáciles. Pero, en compensación, los pueblos que se conserven amigos de Alemania, como del resto del mundo, y sean verdaderamente neutrales, de corazón, esos tocarán el día de mañana las ventajas de una conducta que, si no fuera aconsejada por el interés propio, es la única que está en armonía con los sublimes preceptos de la caridad cristiana.

.....

CONVERSACIONES DE LA GUERRA

El enano de la venta

—Felicitó a V. señor B, por las continuas victorias que está obteniendo el ejército británico; por eso viene V. de tan buen humor.

(El señor B).—Si no las obtenemos, ya llegarán. El caso es que los franceses resistan en Verdun, mientras nosotros nos reforzamos y preparamos.

—Vaya un caso que hacen ustedes de Verdun; hay días que apenas dedican cuatro líneas los periódicos a aquellas batallas. Como no les escuecen, se felicitan de que los franceses hayan pagado el *canard*. En cambio, páginas y páginas se consagran a las victorias de sus armas.

(El señor B).—¿A qué victorias se refiere V., don Subrio?

—¿No se ha enterado V. todavía? A las del África oriental. Ahora la guerra ha quedado reducida para los ingleses a lo que acontece en el África oriental; todo lo demás no tiene importancia; dolerá más o menos a los franceses, o a los rusos, o a los italianos, pero el caso es ir sumando territorios. Si los aliados se debilitan, tanto mejor, porque así serán modestos en el acto del reparto, si se gana; y aceptarán la mayor carga, si se pierde. ¡Qué gracia les debe de hacer a los galos, que están sudando pez desde que el kronprinz fijó la vista en Verdun, ver que los ingleses se entretienen con los inmortales y sublimes hechos de sus armas en África! Este es uno de tantos ejemplos de fraternidad, y de verdadera libertad; libertad en una parte para roer los huesos, y en otra para comerse las buenas tajaditas. ¡Y viva la libertad de los mares y la protección a los pueblos débiles!

(El señor B).—Innegable, aunque V. lo dude.

—¿Cómo lo voy a dudar? Vea V. cómo han procedido con los serbios. Mientras los alemanes anduvieron por Serbia y Macedonia, guarda Pablo, los serbios tuvieron que componérselas como Dios les dió a entender, sembrando de cadáveres los caminos de la retirada; los que consiguieron escapar y que se creían dichosos por haber huído de aquel infierno, han sido esmeradamente atendidos por los aliados,



Infantería francesa pasando un río sobre un puente de pontones



Solemne entrada del príncipe Leopoldo de Baviera en Varsovia, ascendido a mariscal de campo por el Kaiser



La siembra de patatas en Alemania: arado mecánico con que se labran los campos de Tempelhofer, cerca de Berlín



Columna de municiones marchando por la orilla serbia del Danubio

bañados, aseados, alimentados y vestidos, y a Salónica con ellos, a apoyar a los franco-ingleses. No cabe mejor modo de proceder: los aliados no ayudaron a los serbios, luego... es justo que los serbios resucitados ayuden y peleen en las primeras filas de los aliados. Después de esto, no sé yo cómo va a ser posible que se reconstituya Serbia; será menester que los ingleses envíen allá algunos colonos a poblarla.

(El señor B).—En el buen espíritu de los serbios estaba el tornar a combatir contra sus odiados enemigos. Si se les hubiera dejado en Corfú, se habrían molestado y resentido en su amor propio; clamaban por luchar de nuevo.

—Era natural; su país había desaparecido, y, por consiguiente, estaban más obligados que nunca a defender el que los aliados se han apropiado en Grecia.

(El señor A).—Parece que no tiene V. deseos de hablar de Verdun.

—He encargado ya un funeral; lamento que V. no podrá asistir, porque de seguro no aguardará la entrada de los alemanes.

(El señor A).—Si leyera V. los partes oficiales...

—Hago más que eso; leo *Le Temps*, y estoy aterrado; es un gallo que cuanto más plumas le arrancan, más cacarea; pero hasta los pollitos se le rien; hay quien dice que ahora se edita en Cascaes. Cuidado que está farruco; él sólo se basta para derrotar y poner en fuga a los prusianos; esta fuga es musical, no vaya V. a creer otra cosa, señor A, con letra de aquel filósofo, y couplets del tuerto de las proclamas; pobre hombre, la única vez que consiguió remontarse a las alturas—en aeroplano—le costó un ojo; cuánto mejor no le hubiera sido seguir vistiendo el chaquet y el bisoñé, y cultivando el alto bombo; y a sus conciudadanos, mucho mejor, porque aún vivirían muchos que están difuntos. Pero, qué le vamos a hacer, Annunzio no tiene ninguna culpa, porque se conoce que nació para eso.

(El señor B).—¿Para qué?

—Pues, para eso, para reinar: en tierra de ciegos, el tuerto es rey.

(El señor A).—Como íbamos diciendo, la situación de Bulgaria...

—Permítame V., eso no lo decíamos nosotros, lo dice Monsieur *Le Temps*. Déjeme que lo recuerde, a ver si he aprendido bien la lección. Con ella pienso escribir una opereta bufa, que enviaré a Lehar. El señor *Le Temps*, amenaza a Bulgaria, sostiene que la situación de esta nación es desesperada, que está al borde de una sima, y que comienza a darse cuenta del fracaso de los austro-alemanes y del engaño de que la han hecho víctima; se encuentra en un callejón sin salida, y nada habrá en el mundo que evite su total y ya inmediato hundimiento. El pobre czar Fernando está enfermo de miedo.

(El señor B).—No leo *Le Temps*; ¿en qué se funda para tales vaticinios?

—En que los aliados están en Salónica, que es el nombre griego de parra, los austriacos están a punto de ser derrotados en Albania, 300.000 serbios se han incorporado a Sarrail, se hace más difícil por momentos contener a Grecia, que quiere luchar al lado de los franceses, Rumanía sólo espera la señal para arremeter contra Bulgaria, y Turquía está fuera de combate; los imperiales embarcaron en una aventura desesperada a Bulgaria y ésta no sabe cómo salirse

de ella. ¡Ah, si ahora pudiera elegir de nuevo! Y tiene razón el *decano*: los búlgaros se han apoderado de toda la Serbia, de parte de Macedonia, de parte de Albania, y aún ven otras frutas medio maduras, de modo que les sobran motivos para lamentar sus desastres; ¡cuánto mejor están los huéspedes de Salónica, hasta que los germanos se levanten un día de mal humor!

(El señor B).—Si no en lo relativo a Bulgaria, en lo que concierne a Rusia...

—Todavía está más expresivo el *Tiempo* francés: la Armenia en manos de los rusos, pronto toda el Asia menor caerá en poder del czar, la misma suerte correrá Persia, y Austria y Alemania, ya sin fuerzas, no perdonan medio de bienquistarse con el gobierno del señor Sturmer, por ver si les perdona la vida. La toma de Erzerum señala el apogeo del poderío ruso, que de hoy más será el dominador y dueño de todos los países europeos que hay desde el Oder al Este. V. se hará cargo, señor B, de lo brillante que es la situación de los rusos, descalabrados, descoyuntados, y sin apartar la mano de la cabeza esperando que llegue el otro garrotazo; pero es lo que dice *Le Temps*: la próxima ofensiva de los rusos arrojará a los teutones al otro lado de los Cárpatos y los turcos no pararán hasta Jerusalén.

(El señor B).—¿Se ocupa también en los italianos?

—Nadie falta a la lista; nuestros amigos los aliados, dice *Le Temps*, ocuparán de un momento a otro, si no han conquistado ya, Gorizia y las mesetas del Carso, que no han sido tomadas antes porque la nieve lo impedía; los austriacos tendrán que llamar a sus tropas de Albania, y habrán de apresurarse a firmar la paz si desean evitar la presencia de los italianos en Viena.

(El señor B).—Un poco de exageración me parece que hay en este juicio.

—Juicio, ¿dice V? ¿Acaso ignora V. que el juicio, cuando se llega a centenario, se trueca en chochez? Los belgas no quedan peor parados: nuestros bravos aliados los belgas, han rechazado los ataques alemanes y tenazmente están reconquistando palmo a palmo el suelo de su patria; se sabe positivamente que Alemania está arrepentida de haber violado la neutralidad de Bélgica, a la que repetidamente ha hecho proposiciones de paz, bajo la base de devolver el territorio ocupado, pero los belgas están resueltos a pedir una indemnización, y esto contiene al Kaiser.

(El señor B).—Don Subrio, V. exagera; no es posible que diga tales cosas.

—Me quedo corto. Al referirse a Verdun agota el vocabulario glorioso: desastres, fracasos, derrotas, escarmientos, huídas, matanzas, hecatombes, del lado de los alemanes; nuestra invencible infantería, nuestra gloriosa artillería, nuestra inmortal caballería, nuestro mando genial, y... paso atrás, en lo que atañe a los franceses. Así rebosan de contento los galos; en el Parlamento hay cada discusión fraternal y cada elogio al ejército que enciende el pelo, como si fuera un líquido *brulant*.

(El señor A).—A V. le parece blanco y a mí negro, esto es todo.

—Ni siquiera una parte. Encarándose con Alemania, le amenaza con la declaración de guerra del tío Sam, con la hostilidad de Holanda y Dinamarca,

con la defección de Bulgaria y Turquía, con el ataque de Rumanía, con la venganza de Portugal, con el furor de los neutrales, hartos de tantos atropellos cometidos contra la civilización y el derecho...

(El señor B).—Y como consecuencia pronostica el desmembramiento de Alemania, el destronamiento del Kaiser, y demás acontecimientos que vaticinaba al comenzar la guerra, ¿no es verdad?

—Ni por asomo. Aquellos eran otros tiempos. Ahora sabe *Le Temps* qué cosa es la desmembración y cómo las gasta el vecino, y no pide tanto.

(El señor A).—No pide nada, exige lo que debe de exigir.

—Que se reduce a nada. El buen centenario, se esconde bajo una sábana, hace el fantasma, enseguida se encoge—para presentar menos blanco—, y una vez convertido en el enano de la venta, mueve con su pluma generales, estadistas, pueblos y naciones, anuncia los cataclismos más horribles, que le apunta la señorita Thébés, a los teutones, y remangándose el lienzo, por si tocan a correr, tiende la mano y con voz atiplada, que suena a hueco, conmina a los alemanes a que desistan de sus ensueños de dominación y grandeza. Es para morir de risa. ¡Pobre anciano, a su edad tener que disfrazarse y hacer el coco, para que se diviertan los neutrales!

SURRIO ESCÁPULA

EL CAFÉ DE FLOCA

Si alguien llegara a Salónica en busca de un oficial y no conociera ni su residencia ni el nombre de su unidad, no tendría más remedio que acudir al café Floca y esperar allí su llegada, porque Floca es el foro y el punto de reunión de los ejércitos aliados en Salónica, su foco social, su centro y el lugar donde pasan las horas libres de servicio.

Floca era en tiempo de paz—como saben todos los que han estado aquí—un café vulgar, sin otra distinción que la de ser el mejor de los establecimientos de su clase de la ciudad. En un día ordinario de labor no se encontraba más que mercaderes y comerciantes de posición desahogada, de origen levantino. En las tardes de los sábados y domingos, la escena cobraba mucha animación, y los salónikos que no han viajado creían que aquello era una fiel reproducción de los más alegres rincones sociales de París. Pero nunca, ni en los domingos que hay más concurrencia, se encontraban la mitad de los parroquianos que invaden ahora el café todas las tardes.

Para su atortunado propietario, que como otros muchos aquí está haciendo una pequeña fortuna, ha sido una suerte loca la existencia de las dos instituciones características de los aliados: la «hora del aperitivo» francesa y «el té de la tarde» inglés. Desde las cuatro de la tarde hasta las ocho de la noche, Floca contiene más gente que cualquier otro lugar de la ciudad. Es un epitome de la oficialidad de los ejércitos aliados, oficiales que han pasado todo el día en los puentes de los barcos, oficiales que han llegado de sus campamentos para comprar algún efecto con destino a sus tiendas de campaña, oficiales de Estado Mayor, oficiales de los barcos que acaban de llegar, oficiales aviadores, que han bombardeado un campamento búlgaro antes de almorzar.

Franceses e ingleses, serbios y griegos, hay oficiales de todas las procedencias, cuerpos y empleos.

Aquí, los pagadores de la Marina aprenden a conocer a los generales por las insignias que llevan en las hombreras; los guardias marinas fuman cigarrillos y toman café a la crema con la misma solemnidad que si toda la suerte de la expedición a los Balcanes dependiera de ellos; un oficial de ametralladoras refiere sus cuitas a otro de Intendencia, que a su vez le da cuenta de sus preocupaciones sobre la carne de buey y las conservas; hombres que no habían vuelto a verse desde la escuela se encuentran de nuevo; oficiales de marina que duermen en fríos catre de hierro comparan sus privaciones con las de sus colegas del ejército que tienen como lecho las rocas de una montaña. Las mesas están atestadas y el ruido de las conversaciones forma un rumor parecido al de las olas.

Floca no tendría éxito comercial como tienda de té, si se trasladara a Londres. Su interior es oscuro y no muy agradable. La entrada está sitiada por una horda de chicos que desean vender los periódicos locales o los de Londres, de tres semanas de antigüedad y a seis veces su verdadero precio; los camareros griegos, de siniestro aspecto, sólo condescienden a servir cuando se dan fuertes palmadas o penetrantes «P-s-st», ruidos que los ingleses que se respetan se abstienen de hacer en público. Pero en Salónica, la gente se considera feliz si puede conseguir un asiento junto a una mesa, porque los que allí acuden se han pasado meses en lo alto de una montaña, sin tener otra cosa que contemplar que una segunda línea de montañas enfrente, de modo que el café les recuerda algo de lo que dejaron en su país.

Mientras el té y microscópicas copitas, a treinta céntimos cada una, encienden en el oficial la ilusión de un país civilizado, la tropa encuentra el mismo consuelo en los cinematógrafos. Para corresponder al favor de su clientela, los dueños de esos establecimientos hacen todos los esfuerzos imaginables para poner los títulos en inglés. El texto original, que ocupa uno de los lados del programa está en griego. Hay en ellos otra traducción, judío español, que es el español escrito en caracteres hebreos, con lo que resulta mucho más difícil. Al volver la página se encuentra la traducción francesa, y en la última se ve la inglesa; pero cuando el programa llega a su última traducción ha tenido tantas variaciones que casi es ininteligible. He aquí una copia literal de la versión inglesa del programa que se reparte al entrar en el cine, esta semana:

UN REAL PECADO

Poderoso drama pecador en tres largos carretes
Admirable drama, en tres partes, sacado de la novela
de P. Mael

LEJOS DE LOS OJOS? JUNTO DEL CORAZÓN

Las relaciones de nuestros hombres con los franceses no pueden ser más cordiales. Se encuentran los unos con los otros con más frecuencia que en Francia, y se demuestran los más amistosos sentimientos. Los hombres de los dos ejércitos que llegan a la ciudad fraternizan vaso en mano. Cada grupo se dirige al otro en su propio idioma, hablando en alta voz, muy alta voz, lentamente y empleando pa-

labras sencillas, repitiéndolas a cada momento, pero como las únicas palabras comunes a las dos lenguas son los nombres de ciudades, la conversación casi queda limitada a comparaciones geográficas. Véase un ejemplo:

Francés: Habéis pasado por Marseille? Yo digo, conocéis Marseille? *Marseille?*

Inglés: Oh, Marseille, yes, sí. Marseille all right. Bien, Marseille (Pausa). Venimos de Rouong. Rou-

ong, saber? Nosotros—venimos—de Rouong comprender?

Francés: Naturalmente, Rouen. Encantadora ciudad. ¿Qué pensáis de Salónica? *Salónica?*

Inglés: Oh, Salónica, V. decir. Podrida. No buena, Salónica.

G. WARD PRICE

(De *The Times*).

CRÓNICA MILITAR

I. La importancia y proporcionalidad de los servicios auxiliares.—II. El ejército dentro de la Nación.—III. La primera batalla de Verdun.—IV. El ataque a Verdun.—V. La situación el 30 de marzo

I.—La importancia y proporcionalidad de los servicios auxiliares

Si la importancia de la artillería ha parecido acrecentarse en esta guerra, ¿qué decir de los servicios de ingenieros, intendencia y sanidad?

Los zapadores han acompañado a la caballería en las exploraciones a gran distancia, y en ocasiones se han adelantado a ella, para prepararle el camino, montados en automóviles; en las retiradas, han ocupado el puesto de más peligro siempre que ha habido necesidad de volar un puente, un viaducto u otra obra de arte; en la guerra de posiciones se les ha encomendado la construcción de los abrigos, blindajes y elementos importantes de las trincheras, sin perjuicio de ayudar, en lo que su efectivo permitía, al establecimiento de éstas; a su cargo corre la instalación de toda clase de defensas accesorias, la lucha por la mina, los variadísimos detalles de una posición atrincherada, acompañar o preceder a las columnas de asalto para destruir las alambradas enemigas y volver al frente de las trincheras ocupadas; el manejo de los aparatos de gases asfixiantes, líquidos inflamables y otros novísimos medios de guerra, a su pericia se encomienda. Así no es de extrañar que en los puntos más peligrosos del frente se encuentren fuertes núcleos de zapadores (Carency, Champaña, Verdun), porque este Cuerpo posee la ventaja de poder ser utilizado también como infantería. No es de extrañar, pues, el rápido crecimiento de la dotación de zapadores; cuerpos de ejército que no contaban más que dos compañías al comenzar la guerra, disponen hoy de tres batallones de zapadores, es decir, que se ha sextuplicado el número de tropas de esa especialidad. Misión difícil la del zapador, que además de saber perfectamente sus múltiples cometidos, ha de subsanar a menudo la falta de tropas de telégrafos, ferrocarriles, pontoneros, etc.

Con recordar el principalísimo papel que en la presente guerra están desempeñando las vías de comunicación, dicho queda que las tropas de comunicaciones han tenido que ser asimismo aumentadas: a las unidades de ferrocarriles, telégrafos en sus diversas ramas, y pontoneros, ha sido menester agregar otras de automóviles, aparte de las de camiones pesados para el transporte en general, encomendadas al cuerpo de tren.

Ocioso es declarar el incremento extraordinario que ha adquirido la aviación, así como la aerostación fija (globo-cometa) y los dirigibles; morteretes, lanza-torpedos, fusiles ametralladores, catapultas, y otros mil artefactos han aparecido en los teatros de la guerra.

Un ejército invasor no vive ya sobre el país que ocupa; se le ha de proveer y pertrechar desde el corazón de la patria o desde comarcas muy distantes, con la perentoriedad y perfección exigidas por las insaciables necesidades del combate. Esto ha llevado al primer plano los servicios de intendencia, tan complejos como difíciles, que han alcanzado un desarrollo casi fantástico. La organización de las líneas de etapa y de las redes de abastecimiento influye de un modo decisivo en el resultado de las operaciones. Ejército que descuide sus servicios de intendencia, será fatalmente derrotado, por elevado que sea el espíritu de las otras Armas y excelente su material. La intendencia no es ahora un elemento auxiliar, sino principal.

Algo parecido debe decirse de la sanidad. La oportuna y eficaz asistencia facultativa, devuelve a las filas muchos heridos, evita amputaciones y economiza grandes gastos. Un buen servicio sanitario equivale a disponer de un ejército de reserva. Razones humanitarias—nunca mejor indicadas que cuando se trata de quienes se baten por el bien colectivo de la Patria y no por conveniencia propia o medro personal—conducen a la misma conclusión. El éxito mayor de la medicina militar moderna no ha sido ensalzado debidamente: a pesar de las aglomeraciones de tropas, de las privaciones, de los rigores del estío y del invierno, y de la duración de las batallas y de la guerra en general, ni se han desatado sobre Europa las epidemias, que se consideraban por todos inevitables, ni siquiera dentro de los ejércitos que se mostraron previsores y sabios; sólo en el ruso se padecieron esos males, que se manifestaron en toda su horrible crudeza en la pobre y mal preparada Serbia.

La caballería desplegó sus cualidades de siempre durante la invasión de Bélgica, en Lorena y más tarde en Curlandia. La guerra de posiciones la obligó enseguida a la inmovilidad, y los ginetes tuvieron que abandonar los caballos para prestar servicio como infantes en las trincheras. Pero es prematuro deducir consecuencias contrarias al empleo y utili-

dad de esta Arma, aparte de que no es probable que en una guerra futura se repitan las circunstancias de la actual. Hay que esperar, para saber a qué atenerse.

Resulta, pues, que si la mayor eficiencia de la infantería ha obligado a desarrollar la potencia artillera, en el mismo grado ha aumentado la importancia de la ingeniería, intendencia y sanidad. No hay ninguna rama de la milicia que merezca, como antes, el nombre de principal o el calificativo de auxiliar; todas son igualmente necesarias, y cualquiera de ellas que flaquee o funcione mal comprometerá a las demás. Siendo esto evidente, ¡imagínese cuán difícil e interesante es el papel del Estado Mayor, que ha de mover y manejar a todas!

en totalidad, en lo que se refiere a elementos, en el ejército de operaciones; pero a retaguardia hay enormes masas de infantería, también de primera línea—abstracción hecha del ejército territorial—sin artillería y los restantes servicios, de los cuales sólo existe la reserva prudencial de hombres y el material de nueva construcción que se va enviando al frente a completar y substituir el inutilizado. Conviene tener muy presente este hecho, para no deducir consecuencias generales, que serían inexactas.

Otro aspecto, muy interesante, hay que considerar todavía en la evolución que ha sufrido la composición orgánica de los ejércitos. Merece párrafo aparte.



Tropas austriacas en las trincheras al borde de un río en la Galizia Oriental

Si algo puede decirse, por consiguiente, es que ha crecido la importancia de las diferentes Armas y cuerpos; pero si las estudiamos desde el punto de vista militar de su empleo, que es el que sirve de punto de partida a la organización, subsiste inmutable el principio conocido y antiguo: la infantería, es decir, *el hombre*, ocupa el primer puesto; a su servicio y para su más completa eficiencia, están las restantes Armas y cuerpos. Cuantas mejoras y perfeccionamientos se introduzcan en éstas, no tienen más objeto que dar más facilidades, y eficacia a la acción de la infantería, robustecerla para el combate.

De la misma manera que se ha aumentado la dotación de artillería en las divisiones directamente empeñadas en el frente de batalla, se han multiplicado las unidades, con su material correspondiente, de ingenieros, intendencia y sanidad. Estas tres especialidades y la artillera se encuentran íntegras,

II.—El ejército dentro de la Nación

El ejército constituía antes una entidad hasta cierto punto independiente de las energías de la Nación. Procuraba bastarse a sí mismo, para no perturbar el desenvolvimiento del país en todos los órdenes, y sólo cuando la guerra estallaba, reclamaba los brazos que le eran indispensables y el apoyo de algunos servicios de carácter público.

Ahora, la máxima de von der Goltz, «La nación en armas», tiene una explicación literal. Es toda la Nación quien se lanza a la lucha, con la plenitud de sus recursos en hombres, industrias, producciones y reservas económicas, y por consiguiente aparece un dilema: ¿debe el ejército asumir la preparación militar, y en su caso la producción, de esos recursos, o se ha de limitar a organizarlos y manejarlos? no creo que la respuesta ofrezca dudas.

Un ejército que pretendiera tener en todo tiempo la vida del país en sus manos para estar dispuesto a la guerra en cualquier momento, llevaría a la ruina, a la muerte, a su pueblo; porque la guerra es la excepción y no puede romperse permanentemente a favor de ésta la normalidad de la existencia nacional. Ni hay Estado que pueda soportar las cargas de una fabricación militar tan intensa, en material de guerra, que no necesite nada el día del conflicto, ni en previsión de un ataque extraño se han de poner trabas que ahoguen el desenvolvimiento económico: el ejército ha de defender la existencia de la Nación, pero antes es menester que esa existencia sea un hecho; tan imprudente sería permanecer en la indefensión, como invertir en la defensa las energías y el dinero que reclama la vida nacional; si así se hiciera, el ejército no haría más que guardar una casa vacía, y entonces ¿para qué el ejército?

Sólo cabe, por consiguiente, reservarse la misión organizadora y el manejo de los recursos nacionales cuando estalle la guerra. Es imposible que el Estado fabrique a sus expensas las fabulosas cantidades de armas y municiones que pueden ser necesarias en el momento del peligro; las armas y los proyectiles varían incesantemente; lo que hoy es perfecto, resulta mañana anticuado; los calibres aumentan; las armas se perfeccionan; varían los explosivos; ¿puede nadie pretender que el Estado tenga permanentemente organizada una producción que baste a las necesidades inverosímiles de la guerra moderna, y arrincone y se resigne a dar de baja como inútiles los millones de elementos a medida que aparezcan nuevos progresos? Lo mismo ha de decirse de los millares de automóviles, de las cifras inmensas de herramientas, útiles, material de ferrocarriles, telégrafos, conservas y otra multitud de pertrechos. Pero aunque esto fuera posible en un Estado fabulosamente rico, tampoco sería aconsejable, porque millares y millares de oficiales, funcionarios y tropa estarían entregados a labores industriales y no a su verdadera misión, que es de índole muy diferente.

Le basta al Ejército, y con ello sirve a su país, ser el regulador y el experimentador; el consejero que, sin pesar demasiado, aconseja y organiza; el fomentador y protector de la industria nacional; puesto que ha de utilizarla en tiempo de guerra, es de buena política que la industria privada tenga interés directo y propio en servir bien al Ejército. Este y aquella han de quedar igualmente satisfechos y compenetrarse; mientras el Ejército lucha, el país reúne los mil elementos que le harán falta.

En lo que concierne al factor hombre, se advierte también una evolución. La clasificación de las masas combatientes en ejército de primera línea, reservas y ejército territorial, parece que se simplificará y que sólo quedarán dos grandes agrupaciones: primera línea y territorial. Esto obligará a extender e intensificar la instrucción, tendiéndose a disminuir el tiempo de servicio en filas y aumentándose los períodos de ejercicios complementarios.

Recaerá, pues, sobre el oficial, cuyos cuadros permanentes y activos habrán de ser completados con otros no profesionales de carrera, una labor abrumadora, y esto también ha de ser causa de no restar oficiales al ejército activo para dedicarlos a otras ocupaciones. El instructor y director de hom-

bres ha de ser un militar de carrera, pero no hace falta que ostente el mismo carácter el que desempeñe otras funciones que, aun siendo importantísimas, no tienen un carácter esencialmente militar.

Se vislumbra, en resumen, para lo porvenir, una contracción del ejército; en su parte ejecutiva y de acción inmediata reducirá su campo de actividad, haciéndolo más intenso, a lo que sea propia y exclusivamente profesional; limitándose, en el resto de sus cometidos, a dirigir y encauzar con previsión y tino, sin asumir funciones que en tiempo de guerra tendrían que entregarse a otras manos. De esta suerte, el ejército ganará en eficacia y utilidad, y la Nación, sin advertirlo apenas y con ventaja para su desenvolvimiento, se preparará insensiblemente para la guerra.

Así es como entiendo, expuesta en brevísimo resumen, la evolución que la presente guerra impondrá en el instrumento marcial. Su pleno desarrollo no tendrá lugar hasta algunos años después de restablecida la paz, pero esto mismo aconseja prevenirse desde ahora, con objeto de no quedar rezagados en el camino: un retraso inicial cuesta luego muchos años de perseverantes esfuerzos, si se quiere recuperar el tiempo perdido.

III.—La primera batalla de Verdun

Se ha publicado en París una nota oficiosa que relata las principales fases de la primera batalla de Verdun (1), que comprende desde el 21 de febrero a la pérdida del fuerte de Douaumont; está inspirada en un gran sentimiento de sinceridad y se ha prescindido en ella de frases y giros que tiendan a alterar la verdad de los hechos. No se insiste en el tópico, tan explotado como inexacto, de que las bajas alemanas alcanzaran cifras aterradoras, ni se desvirtúan los éxitos del atacante; haciendo justicia al adversario, quedan en mejor lugar las tropas propias, cuya conducta en las batallas de Verdun merece los mayores elogios. Confirma aquel relato el método de combate adoptado por los alemanes, consistente en no servirse de la infantería hasta que la artillería haya destruido las posiciones del defensor; todavía, en la primera batalla, los alemanes pronunciaron algún ataque de infantería sin haberlo preparado bastante con el cañón; cuando la acometida se dió coincidiendo con el repliegue de la línea francesa, tuvo buen resultado, pero no cuando se emprendió contra lugares en que no había variado la situación del defensor. Se justifica el fracaso de los contraataques y el corto número de ellos ejecutado, por la acción destructora de la artillería pesada alemana, que contenía a las columnas francesas apenas desembocaban de las trincheras. Se declara que los primeros refuerzos no llegaron a Verdun hasta el 25 ó 26 de febrero, en convoyes automóviles, y se dice que el ejército francés que había en el sector de Verdun, en la orilla derecha del Mosa, ascendía a 250,000 hombres. Hay otro punto más interesante todavía.

Comparando la nota expresada con los partes oficiales del 22 al 26 de febrero, se advierte una marcada discrepancia. Se había creído, por el contenido

(1) Se publicará en el cuaderno próximo. (N. de la R.)

de los últimos, que el avance alemán principal se efectuó, de N. al S., por los dos lados de la carretera de Beaumont, y ahora resulta que el empuje decisivo se manifestó en la derecha alemana, a corta distancia del Mosa, por Consenvoye, Brabant y Haumont, y Samogneau; en este sector, el atacante alcanzó positivas ventajas desde el primer día, mientras que en el centro se luchaba tenazmente y en la izquierda alemana, hacia Ornes, apenas se empeñó la infantería. El 23, Samogneau estaba en poder del atacante, y esta ventaja impuso la retirada precipitada del centro francés, y subsiguientemente también la del ala derecha. De suerte, que a pesar de la multiplicidad de las organizaciones defensivas francesas y de desenvolverse la batalla alrededor de un campo atrincherado, los alemanes se valieron, con éxito, de su conocido método del ataque de ala, que se trocó más tarde en envolvente. Este hecho no es de satisfactoria explicación, porque desde las alturas al N. de Forges, en la margen izquierda del Mosa, la artillería francesa pudo batir de flanco las columnas de ataque de la derecha alemana. Nada dice la nota sobre este punto, que sigue siendo obscuro, por lo que hay que suponer que las alturas de Forges están mal artilladas o que las piezas pesadas de los alemanes sostuvieron un vivo fuego contra ellas; como no se alude a este cañoneo ni en los partes franceses, ni en los alemanes, cabe suponer que el Mosa constituía una verdadera solución de continuidad en el frente francés, en lugar de haberlo aprovechado para flanquear y apoyar desde cada orilla las posiciones establecidas en la opuesta; el atacante supo aprovecharse de esta falta, con el resultado de todos conocido.

IV.—El ataque a Verdun

No desisten los alemanes de su ataque a Verdun. Aplicando el conocido método de destruir con su fuego de artillería las organizaciones defensivas de que quieren apoderarse, el avance se hace lento, pero seguro y a costa de un número muy reducido de bajas. Al parecer, el mando francés se percató de todas las particularidades de este procedimiento, y a raíz de los últimos avances en la orilla oeste del Mosa, debió de tomar las precauciones indispensables para tener apostadas reservas a cierta distancia, a retaguardia, que contraatacaran a la infantería enemiga cuando ésta se lanzara a la ocupación de las posiciones previamente cañoneadas. Lo induce a creer así la circunstancia de que últimamente el ofensor ha variado ligeramente su sistema, con resultados excelentes.

Después de sus éxitos en la región de Avoucourt, que dieron lugar a sangrientos y largos combates (aunque se empeñaron efectivos no muy numerosos) por la intervención de las reservas francesas, los alemanes suspendieron momentáneamente su ofensiva y redujeron el combate a un intenso fuego de artillería; pero, a diferencia de lo practicado en ocasiones anteriores, no redujeron la actividad artillera al sector que iba a ser objeto del asalto, sino que lo extendieron a todo el frente, poniendo así en la incertidumbre al alto mando enemigo sobre cuál sería el objetivo deseado. La larga paralización de las operaciones en el frente Norte, indujo al defensor, según

se traslucía en la prensa francesa, a creer que el próximo empuje tendría lugar en el sector de Vaux o tal vez más al Este, y súbitamente irrumpieron los alemanes en los bosques de Malancourt, de los que se han apoderado, así como de la parte N. de este pueblo.

Claro es que este procedimiento, que extiende a una vasta línea el cañoneo preliminar, requiere una gran superioridad en artillería pesada y un consumo inmenso de municiones; esto último es necesario, no sólo para destruir las organizaciones enemigas, sino también para impedir los contraataques de los franceses; porque se está dando el caso nuevo en esta batalla de que las posiciones que van ocupando los alemanes quedan indefectiblemente en su poder, salvo lo que ocurrió en el fuerte de Vaux. El progreso es lentísimo, pero se asemeja en sus resultados al de un sitio regular, sólo que ahora la artillería pesada desempeña el papel principal.

El empeño de llevar la acción al Oeste del Mosa, y a cierta distancia de los fuertes permanentes de Verdun indica el propósito de llegar a una situación que permita la maniobra del ejército contra la masa del francés, cuando la resistencia de la plaza entre en su último período. Mediante el avance hasta el pie de las colinas del Mosa, en el E., la posesión de Saint Mihiel y la constante penetración por el Oeste, se pondrán los ejércitos alemanes en condiciones de maniobrar así que los defensores se decidan a evacuar los últimos fuertes y posiciones del campo atrincherado. Estamos todavía lejos de que ocurra este hecho, pero es el que atrae principalmente la atención de quienes seguimos de lejos y con asombro las fases de este colosal choque de un ejército que ataca a otro protegido por la más formidable posición que hay en Francia.

El método de ataque alemán, no es en rigor completamente nuevo. Se conocía el llamado «a lo Sauer», también de origen alemán, que ya puesto en práctica con más o menos pureza durante la guerra franco-alemana en 1870-71, con éxito, consistente en inundar la plaza de proyectiles para quebrantar la fuerza moral del sitiado y destrozar sus defensas, haciéndose entonces posible un ataque a viva fuerza. Los progresos de la artillería han dado lugar a otra forma de este método, porque ahora es ya posible destruir y allanar las obras de defensa; el ejército francés, en cambio, aguerrido y acostumbrado a medirse con el alemán, posee una fuerza moral a toda prueba, y ello ha movido necesariamente a intensificar la acción de la artillería, en el doble concepto de arrasarse las defensas enemigas, y formar una cortina de proyectiles que cierre la comunicación entre los defensores de la línea atacada y las reservas; de aquí el gran número de prisioneros que caen en poder de los alemanes cada vez que éstos realizan algún avance: les es imposible a las guarniciones refugiarse a retaguardia o ser apoyadas desde ella, porque una lluvia de fuego bate el terreno que se encuentra más atrás. Pero no hay método de ataque al que no pueda oponerse otro correspondiente de defensa, y es de suponer que el mando francés está ensayando ya las disposiciones que la práctica le aconseja para contrarrestar el empuje del sitiador. Es muy posible que la mayor lentitud que se observa en el desarrollo de la batalla obedezca a ciertas me-

didas del sitiado, que por el momento no se conocen y que tardaremos en saber.

Como quiera no deja de constituir una gran novedad esta batalla, en la que luchan dos ejércitos, apoyado uno de ellos por un poderoso campo atrincherado: mezcla de sitio y de combate campal, y en la que la expugnación de la fortaleza no es más que el medio obligado de llegar a la decisión por la maniobra.

V.—La situación el 30 de marzo

Conseguido su último éxito en Malancourt, los alemanes han reanudado los combates en el sector Norte de Verdun, sin resultados apreciables. Se sostiene la intensidad del bombardeo, preludio obligado de nuevos avances de infantería. El cañón truena desde el S. O. de Malancourt a los llanos del Woevre, abrazando casi tres cuadrantes del campo atrincherado.

En otros puntos del frente occidental menudean los encuentros de avanzada y las escaramuzas, como siempre. Un poco más de actividad ha habido en el sector ocupado por el ejército británico, sin que los combates, empero, merezcan una atención especial.

Lo que sí debe señalarse es el extraordinario empleo que se está haciendo de los aeroplanos y de los globos-cometas de algún tiempo a esta parte. Sobre todo en la región de Verdun, la aviación desempeña un papel de primer orden, toda vez que a ella ha de acudir el atacante para saber la situación de las defensas enemigas que ha de cañonear, y el sitiado para averiguar la posición de la artillería alemana y contrabatalarla. Los globos-cometas son aún más útiles que los aeroplanos en los puntos donde se ha creado un cierto estado de permanencia en la situación respectiva de los dos bandos.

Ha recrudecido la lucha en el frente austro-italiano. Los austriacos han ejecutado algunas operaciones ofensivas con bastante éxito, sin que se haya modificado el aspecto general de aquella campaña. Parece que el ejército italiano se encuentra algo quebrantado, tanto material como moralmente, y no sería extraño que acudiesen nuevas tropas de reserva a restablecer la situación.

Las operaciones en Albania, contra Valona, están en suspenso; en la frontera greco-macedónica, ha habido tiroteos entre las avanzadas de los aliados y las tropas de reconocimiento de los germano-búlgaros. Los aliados dan como inminente un ataque a Salónica; ciertamente que este hecho está más próximo ahora que en diciembre, pero lo considero aún

prematureo. Antes se ha de despejar un poco la campaña en el frente oriental, y han de lograr una victoria los alemanes en el occidental. Empeñados como se encuentran en las batallas de Verdun, es lógico que procuren entretener a los aliados en Salónica, evitando que parte de las tropas que allí hay y que son todas ellas escogidas, regresen a Francia.

Muy lentamente marchan los rusos hacia el S. O. en la zona del litoral del mar Negro, en dirección de Trevisonda, de la que aún están lejos. En el interior de Armenia, lo mismo que en Persia, la invasión apenas ha progresado en los últimos días, lo que no debe extrañar, porque a medida que los rusos se alejan de sus fronteras y alargan sus líneas de comunicaciones, los abastecimientos de todo género y la seguridad de sus retaguardias se hacen más difíciles. Aunque de Constantinopla llegan noticias de que un numeroso ejército turco está en marcha hacia el Cáucaso, conviene abstenerse de concederle pleno crédito hasta que los hechos la confirmen; que el envío de esas tropas es una necesidad urgente, no cabe dudarlo, pero también es posible que los turcos, que en la dirección de la guerra supeditan su pensamiento al consejo de los alemanes, den la preferencia a otras operaciones.

Nada nuevo ha acontecido en Mesopotamia. La situación de los ingleses en este teatro es poco satisfactoria, por imprevisiones en la preparación y en el modo de desenvolver la campaña.

En el África Oriental, el general Smuts continúa satisfactoriamente su marcha de invasión, cediendo ante él los núcleos alemanes.

A la violenta ofensiva rusa en el Duina y los lagos, han respondido los alemanes con una contra-ofensiva, limitada a los puntos que más sensibles resultaban para el enemigo. Aunque los moskovitas pretenden haber obtenido algunos éxitos y mejorado extraordinariamente su posición, basta echar la vista sobre un mapa para comprender que sus esfuerzos han conducido a un nuevo fracaso. Cuáles habrán sido los objetivos del mando ruso, al emprender a destiempo un ataque que no prometía positivos resultados, será examinado en la *Crónica* siguiente.

En el S. del mismo teatro, los rusos han repetido sus ataques contra los austriacos, con menos brío que en ocasiones pasadas. Han sido rechazados en toda la línea; es posible que no se interrumpan los combates porque en la región del Dniester no es tan de temer la época del deshielo.

JUAN AVILÉS
Coronel de Ingenieros

31 de marzo 1916